

Zaragoza: la danza (macabra) del fuego

ARTEMIO J. BAIGORRI

infierno y, a través de las chimeneas centrales y los conductos del aire acondicionado, el fuego había alcanzado los pisos superiores. Los clientes que ya estaban despiertos a la hora de producirse el incendio o que fueron despertados por los gritos de la calle, se agolpaban ya en los balcones, pidiendo ayuda. Los menos madrugadores no llegarían a levantarse: los aparatos de aire acondicionado escupieron la muerte por las habitaciones en forma de negro humo. Numerosas víctimas serían encontradas después sobre las camas, en actitud de haber muerto plácidamente dormidas, por asfixia. En las horas siguientes, la muerte inició un festín. Unos

—los más— murieron por asfixia; otros, los más débiles de ánimo, al lanzarse asustados al vacío desde alturas considerables, caían aplastados contra el suelo; otros, los menos, caerían devorados por el fuego. Todo el potencial antiincendios de la ciudad (bomberos, Policía Municipal y Nacional, Ejército, organizaciones sanitarias y de servicio ciudadano) no pudo evitar que, cuando al mediodía el fuego había sido sofocado, las víctimas hubiesen sobrepasado el medio centenar y los heridos, el centenar. La cifra definitiva de muertos aún se habría de elevar hasta 72, al ir falleciendo muchos de los heridos. Todavía el viernes, diez personas seguían calificadas como muy graves, por lo que, cuando estas líneas salgan a la calle, el número de muertos seguramente se habrá ampliado.

Aunque desde primeras horas de la mañana se conocieron las causas del incendio (los propios cocineros las explicaron), era comprensible que en un principio los rumores sobre la posibilidad de un atentado circularan con facilidad, dada la composición social y política de la clientela. La mitad de los alojados

damente, a excepción de los 30 que dos horas antes habían marchado al aeropuerto para tomar los aviones de Barcelona y Madrid. En los once años que el hotel llevaba funcionando, en más de una ocasión, el aceite de una máquina freidora se había incendiado, sin que ninguna de las veces se hubiesen derivado consecuencias. Pero esta vez, cuando a las 8,15 horas el percance volvió a ocurrir, todo iba a ser dramáticamente distinto. En sólo cinco minutos el fuego pasó del aceite al suelo enmoquetado, y, a través de moquetas y maderas, las llamas, después de atravesar la cafetería, circulando a gran velocidad por los conductos del aire acondicionado, alcanzaron las dependencias de mantenimiento, donde muchos productos de fácil combustión se inflamaron de inmediato.

A las 8,20 horas, una inmensa humareda llegaba hasta recepción. Los cocineros, después de infructuosos intentos de apagar el fuego, salen hacia la puerta principal y avisan a sus compañeros y al conserje, que sólo tiene tiempo de avisar a los bomberos antes de que el aire se hiciese irrespirable. Los empleados comienzan a salir a la calle y a nadie se le ocurre dar la alarma general, con excepción de una joven empleada, madre de dos hijos, a la que el intento de subir a avisar a sus compañeros de oficinas, en la última planta, le costó la vida.

Cuando los bomberos llegaron al lugar del incendio —aunque, por estar situado el parque a menos de 300 metros, les costó muy poco tiempo—, la planta baja era ya un



A las ocho de la mañana del jueves 12 de julio de 1979, los cocineros del hotel Corona de Aragón, el único de "cinco estrellas" de Zaragoza y uno de los mejores del país, se disponían, como cada jornada, a hacer los churros para el desayuno de los clientes. Las empleadas de limpieza y camareras habían iniciado ya sus tareas por los distintos pisos. En la última planta, el personal administrativo también estaba ya trabajando. Los dos centenares largos de clientes que abarrotaban el hotel dormían pláci-



Para la empresa propietaria del hotel, la falta de dotaciones de los bomberos tuvo la culpa de que muriesen muchas personas que de otro modo se hubiesen salvado. En la foto inferior, un helicóptero de la cercana base norteamericana colabora en las tareas de rescate.

aquel día eran parientes o amigos de los cadetes de la Academia Militar de Zaragoza que, en la clausura del curso, iban a recibir los nombramientos de alféreces. Entre ellos estaban la viuda del dictador con sus hijos, los marqueses de Villaverde, y sus nietos; el general Vigón, el teniente coronel Queipo de Llano y otros militares de alta graduación con sus familias, de los cuales cinco fallecieron —entre ellos, Queipo de Llano y el coronel de Artillería Rodrigo Peñalosa—. Era, en cierto modo, lógico que la primera reacción que los cadetes y otros militares tuviesen al conocer la noticia fuera la de pensar en un atentado, y que esta versión fuese precisamente la primera que según,

se dijo, llegó al ministro del Interior, por boca de un militar.

Pero cuando el gobernador civil de Zaragoza (que, debido a este suceso, se libró de tener que plantar cara frente a la opinión pública por la represión que lanzó el día anterior contra los obreros que se manifestaban, pacíficamente, dentro de la campaña de oposición al Estatuto del Trabajador) convocó a mediodía una rueda de prensa, descartó totalmente la posibilidad del suceso, y lo mismo hizo al final de la tarde, en una nueva rueda, después de que diversos servicios de la Policía entrasen a investigar dentro del hotel. Pero la estrategia de aprovechar el suceso y, convenientemente manipula-

do, utilizarlo como arma psicológica estaba ya montada y no podía detenerse. Al mediodía, grupos de jóvenes neonazis, que habían acudido a proteger a la viuda de Franco a las puertas del centro hospitalario donde estuvo atendida durante unas horas —no había sufrido ningún daño de consideración—, pedían a voz en grito que se enviasen tanques contra Euskadi y explicaban a quien quería oírles su versión de los hechos. Dentro de la misma estrategia cabe entender las numerosas llamadas que durante toda la mañana se hicieron a diversos edificios amenazando de bomba, y que obligaron a desalojar otro hotel y la oficina central de la Caja de Ahorros de la Inmaculada. Así como

dos increíbles llamadas que por la tarde reivindicaban el "atentado" para ETA (m) y un FRAP del que el que realizó la llamada no sabía siquiera el nombre completo. Determinados diarios (regionales y estatales), cuyo contenido ideológico no ofrece lugar a dudas, completaron al día siguiente el "juego" sembrando la duda entre los lectores.

Se trataba de cargar a la extrema izquierda la paternidad de una catástrofe cuyas causas fortuitas están demasiado claras.

Descartada oficialmente la posibilidad del atentado, no terminaron los conflictos sobre "responsabilidades". Para la empresa propietaria del hotel —de la que es accionista la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja— y para la Agrupación de Hoteles, la falta de dotaciones de los bomberos de Zaragoza tuvo la culpa de que muriesen muchas personas que de otro modo pudieran haberse salvado. Y el propio Ministerio de Sanidad y el Gobierno Civil de Zaragoza parecen querer desviar la atención hacia ese tema al afirmar que el hotel cumplía toda la normativa ministerial contra incendios (en los sustratos más profundos del asunto está la batalla contra el Ayuntamiento de izquierdas de Zaragoza). Pero las cosas no están tan claras.

La normativa ministerial en esta materia es, tratándola con dulzura, de risa. Por el contrario, de haber estado ya aprobadas en esas fechas las ordenanzas contra incendios que la Comisión Municipal de Seguridad Ciudadana ha redactado, y casualmente el día del siniestro debía debatir, sin ninguna duda ese jueves el Corona de Aragón hubiese estado cerrado, adaptando sus sistemas de seguridad, ya que, según el alcalde socialista, Ramón Sainz de Baranda, ni ese hotel ni ningún otro de Zaragoza cumplían las nuevas ordenanzas.

Por otro lado, cabe seguir dudando sobre la seguridad del edificio después de que algunos empleados declarasen que varios de los extintores que intentaron utilizar —y que, según el Ministerio, fueron "comprobados" en marzo— no funcionaban. Precisamente en los días anteriores al trágico suceso, el Comité de Empresa (de la UGT) estaba preparando un documento en el que se denunciaba la existencia de escapes de gas en la cocina, el mal funcionamiento de algunos sistemas de seguridad y la inexistencia de un Comité Laboral de Higiene y Seguridad. ■